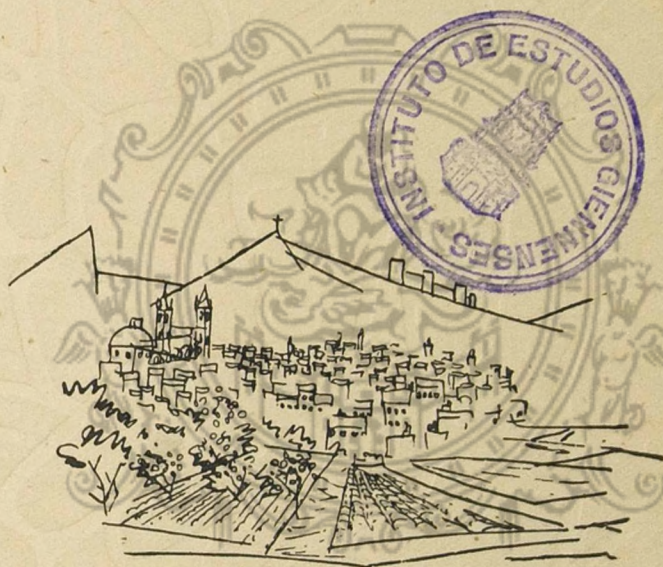


Instituto de Estudios giennenses

ADVINGE

REVISTA LITERARIA



17

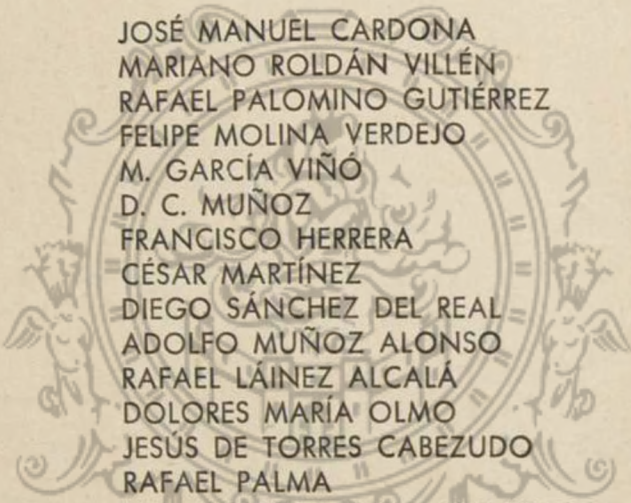
JAÉN 1954

FEBRERO
MARZO

DIRIGEN:

FRANCISCO HERRERA ♦ DIEGO SÁNCHEZ DEL REAL

ESCRIBEN:



JOSÉ MANUEL CARDONA
MARIANO ROLDÁN VILLÉN
RAFAEL PALOMINO GUTIÉRREZ
FELIPE MOLINA VERDEJO
M. GARCÍA VIÑO
D. C. MUÑOZ
FRANCISCO HERRERA
CÉSAR MARTÍNEZ
DIEGO SÁNCHEZ DEL REAL
ADOLFO MUÑOZ ALONSO
RAFAEL LAÍNEZ ALCALÁ
DOLORES MARÍA OLMO
JESÚS DE TORRES CABEZUDO
RAFAEL PALMA
M.^a ANTONIA SANZ CUADRADO
BONIFACIO GUTIÉRREZ FUENTES
JUAN GÓMEZ MILLÁN
FRANCISCO ARENAS
ENRIQUETA ISABEL BARRERA
ANTONIO HERRERA MURILLO
FRANCISCO IZQUIERDO
MANUEL ARJONILLA

Portada y contraportada: JOSÉ E. ZALAMEA

Ilustran: FRANCISCO IZQUIERDO Y FRANCISCO HERRERA

Dirección y Administración: CAPITÁN OVIEDO, 16



NOTA IMPORTANTE

COMO JUSTIFICACIÓN ANTE NUESTROS SUSCRIPTORES, QUEREMOS ADVERTIR QUE ESTE NÚMERO BIMESTRAL, CON MAYOR FORMATO, CONSTA DE 24 PÁGINAS, EXACTAMENTE EL DOBLE DE NUESTRO ANTERIOR NÚMERO MENSUAL.

Editorial

*A*l disco del sol le ha salido un lunar. (Aprovechémonos, lector amigo, de que somos poetas, para explotar las metáforas). Porque aquí, encima de nosotros, que deseáramos hablar siempre de esta gozosa Primavera que nos renace, se ha colocado, como un desagradable peso, el lunarillo inevitable de los *altos* números, de los cabaleos matemáticos, de la abrumadora ciencia real.

¿Qué más quisiéramos, si no llenar de pajaritos multicolores nuestra Revista y llevarla a las manos de nuestros lectores sobre el cerco de flores que más le gustase a cada uno?

Mira, lector, con qué tristeza tenemos que justificar nuestra bimestral tardanza, —que ojalá nos sea pasajera—, señalándote, como contrapeso, el aumento de tamaño, la conservación del número de páginas correspondiente a dos meses, y la inserción de las nuevas secciones que, si tal gracia merecemos, vas a leer.

Volvamos, con el fin de nuestro Editorial, otra vez a las rosas.

Querido lector amigo: si te deleitas ante un rosal, no te preocupes de contar las rosas. Mira que los números pueden clavarse en tu corazón, y borrar el aroma.

Escrito en la noche

MUCHAS cosas tendría que deciros
en el duro empedrado de la noche.
En el silencio fértil de los pasos
perdidos en la noche como un grito.

Mas no escucháis mi voz, sois como espuelas
hiriendo con el filo de los hierros
mis labios. Sois la noche anticipada,
el surco que en la sangre se aprisiona.

Innumerables sois. Con el misterio
de la muerte, el olor inconfundible
de una muerte temprana. En vuestros ojos
hay un escaparate de cristales.

De miedos y cristales retratados
al dorso de la mano. Escrita queda
vuestra consigna muda, nunca dicha.
Escribo por vosotros que calláis.

También calla la piedra y el estiércol,
calla la carne herida y la trinchera.
Callan los hombres fuertes sojuzgados
y la tierra que sabe a fruta espera.

En derredor formáis una cadena
de espadas afiladas apuntando
al pecho de los débiles y esclavos.
Y ha de romperse un día esta cadena.

Os escribo de noche, cuando el peso
del día se me cae como un plomo
de vergüenza y terror. Cuando el semblante
envejece de ira y de cansancio.

De noche avanzaremos hermanados.
Con el fuego del alba en nuestros ojos
como una hoguera inmensa, irremediable,
donde se fundirán los yugos rotos.

Os crecerá una fuerza de titanes
y todo arrollaréis a vuestro paso.
En ese amanecer no habrá cadenas,
ni cárceles, ni leyes, ni guardianes.

Hacemos de la noche un día eterno
al resplandor del fuego, y moriremos
si hay que morir, de pie. Como los hombres
que pueden escoger y lo prefieren.

(De El Vendimiador)

José Manuel CARDONA

La vuelta

«QUE no podrás, que no podrás», le dije.

Y él se desvanecía entre las nubes
lentas, como si fueran su elemento
primero, su más íntima alegría.

«Vuelve, que no podrás, aunque desees,
habiendo hecho todos los caminos,
volver tan blanco, tan de luz, tan puro».

Y él se quedó mirando a las estrellas.

Yo no lo ví. Pero seguía oyéndolo
y volvía a decirle: ¡Vuelve, vuelve!

Pero mi sueño proseguía, tan leve
el pie que no era, como andando en sombras,
sin acordarse que la luna daba
pálidos ecos y la noche acecha.

Se me perdió en lo oscuro.

¡Al fin volvió, pero mi sueño
ya no tenía los ojos blancos
ni le gustaba ver de las estrellas!

Mariano ROLDÁN VILLÉN

Íntima serenidad

ÍNTIMA serenidad
sobre el nivel de las cosas.
Como un perfume de rosas,
rosada tranquilidad.

Caminar sobre la mar.
Siempre se encuentra el camino
de la mano del destino
triste de tanto esperar.

Remanso de un mar sin olas
y sin encaje de espuma.
La lontananza sin bruma,
juega a hacerse caracolas.

A solas con los latidos
de las bellas noches frías,
pulsando las alegrías,
las tristezas, los gemidos.

Son horas quietas, calladas,
hablando con uno mismo.
El alma a ras del abismo,
mira sus manos lavadas.

A solas. Nadie acompañe
mis serenos pensamientos,
que desgranen sus acentos
sin que nada los empañe.

Es verdad que nadie miente
cuando el corazón conversa
con palabra limpia y tersa,
cuando dice lo que siente.

Ansias de vida mejor,
de sinceros horizontes.
Ansias de cruzar los montes
encontrando siempre amor.

De otro tiempo, ya pasado,
quietos los raudos corceles.
Mi alma quiere bajeles
para el navegar soñado.

Encender con resplandores
de eternidad este ocaso.
Ir sembrando, paso a paso,
el amor de los amores.

Navegar con velas altas,
velas de lluvia, imposible,
velas de niebla, intangibles,
velas altas, velas altas.

Íntima serenidad
sobre el nivel de las cosas.
Como un perfume de rosas,
serena tranquilidad.

Rafael PALOMINO GUTIÉRREZ

CARTA A LOS POETAS DE AFUERA

Querido amigo y poeta:

Nos dices que quieres saber cosas nuestras, de este movimiento en el que tú al principio tomaste parte, y sobre todo que te hablemos de este Jaén por el que tanta nostalgia sientes desde lejos.

Bien, amigo; todo lo que nos agobia es un problema de juventud. Ya sabes cómo surgió nuestra Revista, en cuanto dos o tres nos lo propusimos; y otras veces hemos hablado de lo mucho que se podría hacer con un poquito de actividad.

Aquí, para nosotros, te quiero decir que no podemos quejarnos de los Organismos a los que hemos pedido ayuda. Pero ha habido algunas personas, de esas que quieren pasar por intelectuales, que no han sabido guardar un mínimo de simpatía a este grupo de «chalaos» que estamos tras una empresa que—entrañablemente lo creemos nosotros—merece todos los alientos.

Ya sabes que siempre hablamos de proyectos; ahora pensamos en la Fiesta de la Poesía, y tenemos un programa valiente por el que saludaremos con un recital en la Cruz del Castillo el amanecer del día 21 de Marzo, lanzaremos miles de octavillas con poesías a la Primavera y rendiremos un homenaje a la jilguera de Valdepeñas no dejando los actos esenciales de oír una Misa ante San Juan de la Cruz y la velada en la Económica. El mecenazgo, para realizar esto, (así como para la Revista) del Excmo. Ayuntamiento, es algo que se sale fuera de lo corriente y merece todo nuestro afectuoso agradecimiento.

Nos movemos a marchas forzadas, aunque esta odisea se nos reduzca a los de siempre. Ya ves: hasta hemos pedido un recuerdo para el autor del «Himno a Jaén», con la imposición de su nombre a una calle, pero los trámites burocráticos ponen a prueba nuestra impaciencia juvenil.

¿Recuerdas nuestros sueños de publicar algún libro? Aquí nos tienes esperando que alguien se decida a ayudarnos económicamente. Bien sabes que hay muchas personas aquí con posibilidad de hacerlo. A nosotros nos gustaría ver algo publicado de los jóvenes poetas giennenses, lo mismo que la mayoría de las Revistas españolas tienen ya sus colecciones, subvencionadas por algún protector decidido.

La Revista la defendemos con uñas y dientes. Buscamos suscriptores que nos nivelen las bajas, porque tú ya sabes que la poesía anda enemistada siempre con el auge financiero.

Por hoy, creo que te he dicho algunas de las más importantes cosas que deseabas conocer.

Con un saludo de todos, quedamos a la espera de la tuya extensa,

ADVINGE

Chopin, Bécquer: dos románticos

Si alguna vez tuviera que expresarse la emoción estética, que palpita en las rimas becquerianas, por un medio distinto del que usó el autor de MAESE PÉREZ, yo escogería para ello, sin vacilar, la obra del cantor de Polonia; los nocturnos y los vales de Federico-Francisco Chopin.

Porque considerando a estos dos románticos, desligados de las accidentales circunstancias de tiempo y de lugar; tomando de ellos únicamente, la noción de artistas, de seres privilegiados, que saben crear formas bellas -universalmente bellas- capaces de ser usadas por los hombres, para despertar, sentir y expresar sus amores y sus penas; entre Chopin y Bécquer, existe una afinidad tan estrecha, que pudiéramos llamar a uno Bécquer de la música, al otro, Chopin de la Poesía.

A ambos les fué dado expresar las quejas del alma dolorida. —Uno, con el lenguaje de los sonidos; otro, con el de las palabras.

Ambos, cantando su propio dolor, se identifican con el dolor y el modo de sentir de sus pueblos y de todos los hombres.

Ambos -cada uno en su medio- parecieron extravagantes y caprichosos a sus coetáneos; a ambos se les tachó de talentos enfermizos, porque uno y otro fueron visionarios, perseguidos de pálidos fantasmas, que gritaban en sus oídos, que golpeaban en sus corazones, como cascos de caballo, como el trotar de corzos blancos a la luz de la luna.

Chopin siente en sus entrañas la tristeza desgarrada del pueblo de Sobieski, de su amada Polonia. Y lo mejor de su obra es, precisamente, lo que compone, evocando los aires populares, las polonesas, en París, en el destierro, al lado de sus amigos, el príncipe Czartoryski, la Condesa Delfina Potocka...

Bécquer no tiene una Patria deshecha que llorar; pero su corazón y su propia vida está deshecha, y llora. Lloro también como el músico por sus amores perdidos, por la mujer arrebatada, evocando sus risas, cantando a sus ojos, suspirando sus besos...

¡Una mujer y una patria, cuando se pierden, dejan en el corazón un vacío tan semejante, que las lágrimas con que lloramos a la una, pueden servirnos para llorar a la otra!...

La mujer, las mujeres. También ante ellas se identifican los dos románticos. Chopin, siempre arrastra un cortejo de admiradoras, triunfa entre ellas. Bécquer, no creemos que gozara durante su vida, de esa apoteosis de adoratrices; pero no cabe duda que su obra dejó cautivado para siempre, en especial, al corazón femenino.

Así cuando Chopin desliza sus dedos por el marfil de los pianos Pleyel; cuando Gustavo Adolfo, bohemio de las calles madrileñas, solitario en el Parque Sevillano, recita sus rimas; parécenos que es uno el espíritu que alienta en estos dos geniales enfermos, en estos sublimes melancólicos, que a fuerza de tanto ser iguales y por si en vida tuvieron suertes diferentes -para que en lo esencial y definitivo no las hubieran-, con que morir les dió el cielo la misma enfermedad. Ambos, como muchos románticos, murieron tuberculosos.

Y ante la idea de la muerte, ante el presentimiento de ese final inevitable, también se identifican el músico y el poeta.

Yo recitaría siempre el "¡Dios mío, que solos se quedan los muertos!" de Gustavo Adolfo Bécquer, teniendo como fondo los solemnes, los tristísimos compases de la marcha fúnebre de Federico-Francisco Chopin. —Dos románticos.

Felipe MOLINA VERDEJO

Poema del niño pobre

Hace frío en la calle, es domingo; las nubes
se han desgranado en copos sobre los viejos techos;
son nubes congeladas, como muertas, marchitas,
que no tiemblan de frío porque la muerte es quieta.

El cedro ya no es cedro, sino estatua de cedro;
por los tejados corren fantasmas del verano,
el jaramago ha huído, y la brizna y el nido;
todo es muerte en la calle, que no se ve siquiera.

El niño yace quieto, temblándole las manos,
la espalda, las rodillas, apoyado a una puerta;
el niño no comprende cómo detrás de ella
a otro niño le tiembla la voz para reírse.

Ha cruzado la calle un hombre silencioso
y el niño no ha podido ni tenderle la mano;
en los jardines próximos cuatro chiquillas rubias
están haciendo un oso con la nieve del suelo.

Mira el niño los bancos, los húmedos parterres,
las estatuas que ignoran la nieve y el rocío;
es domingo en el parque y la nieve caída
dibuja flores blancas en la tierra amarilla.

Mira el niño las fuentes, las avenidas largas,
los pájaros, las nubes, las flores abrigadas,
y escucha el borboteo de rubios cangilones,
la noria de las niñas alrededor del oso.

Pero el niño ya pierde de vista los objetos,
se le van los perfumes y la canción de oro;
ve perderse entre sombras la avenida de nieve
y se adentra en un mundo de luces rumorosas.

Ahora siente en la espalda la suave caricia
de una mano de madre tibiamente amorosa;
ahora se piensa otro y sueña como todos
en el gato con botas o la Caperucita.

Hace frío en la calle, la niebla de la tarde
se ha desgranado en copos sobre los viejos techos.
El niño yace mudo sobre el duro peldaño.
«Es fiesta para todos», dicen los almanaques.

M. GARCÍA VIÑÓ

Poema en prosa

A todos llamo y les pregunto; peregrino voy en la espesura. Una línea me lleva hasta el ocaso y dibuja entre luces mi silueta. Y voy, y avanzo lento, hasta encontrarme bañado por su luz. Y siento tu llamada, ¡oh, deseado fin, y veo sin sombra al cuerpo... y buceo en mi alma, y la encuentro abatida entre sus rejas.

Inquieto, respiro el jadeante caminar de mi espíritu. Una bruma otoñal me languidece y mis sueños se tornan imposibles. Y en las horas nostálgicas, Tu gran misericordia se alza sobre mí. Y siento tu llamada, ¡oh, mirador eterno! Y al recibir consuelo, me alejo de la niebla, al vislumbrar tu faro en la ribera.

Inmolo pensamientos, y busco la esencia de la vida. Y veo una primavera, que me envuelve en su aroma penetrante; y su brisa me habla acariciante en un lenguaje que mi amor entiende. Y siento tu llamada, ¡oh, sublime verdad!, y alienta mi corazón... y espero en Quien juzgará mi causa.

D. C. MUÑOZ

Oro en los olivares

NO me digáis que es falso que en la noche
una brisa movió a los olivares,
ni que las aceitunas son campanas
y ramas verdes las serenas naves.

No me digáis que el Cielo no suspira
sobre la levantada tierra orante
que sabe hacer inmovibles cruces
de la humildad que inclina al tronco grave.

Hojillas verdes y doradas piedras
componen la armonía indescifrable
que nos trae las canciones de las nubes
como un arrullo que en los surcos cae.

A la cálida voz, —palabra y bruma—,
dejemos dulcemente que nos clame
este canto sin fin, blanda firmeza
que bajo el cielo de mi tierra cabe.

Francisco HERRERA



(Ilustración del autor)

Un grupo literario que está decidido a sobrevivir

EN EL ALPINO.-ENTRE LORCA Y CAMPOAMOR: FELIPE Y EL SIGLO DE ORO.-
DE ILUSIONES SE VIVE.-UN CUENTISTA.-NOSTALGIA DE LA BIBLIOTECA
DONDE IBAN LAS MOCITAS.

Un amigo me decía, hablando de revistas literarias:—Esas cosas nacen muertas.

Y, en efecto, en provincias, antes, esas cosas nacían las pobres flacuchas y endeble y morían en el segundo número.

Advinge tiene más de trescientos sesenta y cinco días.

En el Alpino. - Este simpático «Club Alpino» nos ha dejado una cueva con luz fluorescente para nuestros devaneos literarios. Allí van Paco Herrera, Molina Verdejo, Sánchez del Real, González Duro, Juan de Dios... y otros que no cito para que se finjan indiferentes a la cita, y presuman de genios... ¡A cada uno lo suyo!

El *Alpino* tiene repostería, y la proximidad vinícola no nos entristece demasiado. Anacreonte de Teos también fue literato.

Entre Lorca y Campoamor. - Como aún no se ha inventado una unidad de medida para artistas, diré que todos los que van a las tertulias se acercan a Lorca y se alejan de Campoamor o viceversa. A Don Ramón nadie le quiere, ¡Pobre Don Ramón! Sánchez del Real sabe a veces a Lorca; un Lorca modestito. Herrera es un hombre de estilo peculiar; ¿por qué hablar siempre de las influencias? Felipe Molina Verdejo es un poeta dramático del Siglo de Oro; hasta en el tipo. Cuando leemos sus versos llenos de sutiles razonamientos sentimentales, nos parece que asistimos a la representación de «El desdén con el desdén» o de «Los pechos privilegiados». No le falta más que la capa y la espada; los mostachos ya los tiene. ¡Ah; y Cabezudo es becqueriano. De esos poetas que piden el retiro como tales si se casan y tienen tres hijos.

De ilusiones se vive. - ...El que más y el que menos (en lo más secreto de su

pecho) aspira a llegar. Los más infelices lo dicen; acaso sean estos los que no lleguen. Mas... ¡quién sabe! Lo cierto es que el artista siempre será un ingenuo. Gusta verle presumiendo de que nadie le hace falta, engreído, (aunque tenga la gabardina sucia) sacando el abdomen ...y luego le da miedo la indiferencia ajena, y se viste de pavo real cuando cualquier transeúnte le dice que su poemita es bueno. ¡Oh, los artistas!

Un cuentista. - El señor González Duro—¿por qué no se publican los cuentos de este señor?— es francamente bueno. Tiene la ironía —el más claro signo de aristocracia espiritual—; en *Advinge* leyó un cuento titulado «Cinco acróbatas, cinco», de antología. Eran cinco acróbatas que hacían la torre humana y sentían «en torre». El más pequeño, siempre arriba, se llamaba Pedro, pero le decían Pedrito para que pesase menos.

Nostalgia de la Biblioteca donde iban las mocitas. - La Real Sociedad Económica de Amigos del País nos cedía la Biblioteca para la tertulia. Iba mucha gente; se hacía cultura, porque esta se divulgaba, y de paso se cumplía una misión.

A la tertulia iban muchas jóvenes y bastante bonitas. Era agradable mirar al frente, mientras se oía leer, y ver la belleza de unas muchachas altamente necesarias para que el ambiente poético se produjera.

...Cuando llegaba la primavera, abrían las ventanas que daban al jardín de Hacienda y entraba en oleadas el perfume de las flores. Se oían risas argentinas y sobre los severos pupitres unas manos de mujer ponían el nardo de su piel sobre las albas cuartillas o la rosa simbólica.

Lector: si vuelven a organizarse, no te las pierdas.

César MARTÍNEZ

El pecado de los hombres

Y yo, desde arriba, tan pequeño,
sólo se me ve el abdomen,
como una hormiga más
en busca de ese pan para la casa;
como un gusano entre las calles
con la carne transparente
y con el lomo al sol.

Pero me palpo la cabeza,
y sé que estoy aquí
porque me siento los ojos,
y la boca con la lengua
dolida de gritar, y las manos duras
de agarrarme a la tierra que se escapa.

Y así, como la hormiga, como el gusano,
como un microbio de la peste,
me veo temblar
tendido entre los olmos,
perdido en las sombras,
temiéndome morir aplastado
por alguna pisada,
o el zarandeo del huracán
queriendo hacerme suyo.

Y con los consejos de la madre,
—no salgas mucho, siempre por la acera,
ten cuidado con los coches, las malas compañías...—
voy prevenido, pero intranquilo
por los días que pasan.

Y yo, tan pequeño, tan poco
para abarcar el universo, me sube
la ira hasta los sesos, me noto
imprescindible y grito creyéndome
un dueño. ¡Detente! ¡quiero, mundo,
que aprendas mis poemas,
mi secreto de hombre-dios!
(y mi vanidad de rey
odiado en la caza por los lobos).

Y aún acorralado como un perro rabioso,
como un salvaje fiero y huido,
temido por mis dientes,
atrévome a contar
mi historia de hombre legendario
amante de princesas
y centro de miradas envidiosas.

Y no me preocupo si mi voz,
que tanto ruido me hace,
alcanza más arriba de los montes
cuando le hablo al duro viento,
—y esto, sabiéndome pajilla en su corriente...—
sabiéndola quizá un misterio más,
un diálogo más de los insectos.

Pero algunas veces, con la cabeza entre las manos,
y sintiéndome latir continuamente,
le digo al sol al levantarme:
buenos días, dichoso de nuevo
al encontrarte. Y entonces me duele
el corazón entre la carne
inflamado por la mirada de Dios,
que sé me escucha y me comprende,
y corresponde a mi saludo
sonriendo entre la sierra y la nube.

Pero después, ya entre las gentes,
y creyéndome poeta,
no sé si es Dios o yo el que está hablando.

La Poesía y Fray Luis de León

LA poesía no es regalo de Dios, ni voz de ángel, ni gracia subsistente. No anida la inspiración en el alma del poeta como duerme el agua en el río para despertar cantando al conjuro creador de las noches o de los trinos o para volver al silencio si las voces son gárrulas o el polvo de las orillas es pecaminoso. La poesía obra la transformación en poema de la voz del ángel, se afana en el recibimiento de la gracia, teje en hilos de sutil hermosura o en líneas de perfección hasta el aliento.

No es la poesía, como Lipps escribió para toda obra de arte, un valor «nacido por sí mismo» y por sí mismo existente. Aquí, como tantas veces, se esconde un equívoco y es Fray Luis de León el poeta que muestra la perfección formal de la poesía. Es cierto: la poesía es como la respuesta que ofrece el poeta a la gracia de la inspiración. Y en concertar las palabras de la respuesta se precisa un esfuerzo y un trabajo personal que puede, en su desazón, hasta romper las sedas del alma y destrenzar las cuerdas del equilibrio mental y cordial del poeta. Un ensayo sobre poesía y locura, pensado con más detenimiento que el dedicado por Dilthey, sería eleccionador.

Fray Luis es un poeta que ha realizado con el lenguaje -sólo con él- el prodigio de la serenidad y de la emoción poéticas. No arrebató con arpegios de música verbal, que esto no fuera poesía. Las palabras son aladas en él, como un aire de oración suave y sencillo, y, sin embargo, pueden con el peso sagrado de la profundidad teológica.

La armonía de la expresión tampoco es nueva. Diríase que Horacio o Virgilio ensayaban sus metros en lengua castellana amparándose en su inmortalidad. Su vigor poético dirán que es aprendido, porque los Salmos, Jeremías, Job, se dejan oír sin agobio entre sus versos. Nada hay original; sin embargo, todo es en él personal y nuevo. Todo, porque lo es el aliento de su inspiración que le va renaciendo y temblándole del alma a los labios y de los labios a la voz y a la pluma. Y la palabra, contagiada queda para siempre del transporte sereno y armonioso del poeta.

El arrobamiento y la excelsitud de las poesías de San Juan de la Cruz representan el abrazo, en voces sobrehumanas, del místico poeta, mejor que del poeta místico. Conviene precisar, para no confundir el fenómeno poético con el místico, en quien -como en el Santo carmelitano- se salvan prodigiosamente los dos. Para mí el poeta Fray Luis de León está en la cumbre del esfuerzo auténticamente poético porque -y perdónenme los teólogos- para hablar con Dios, con su aliento divino comunicado -que esto es poesía para Fray Luis- no tuvo tiempo de arroparse con la gracia de la santidad. Son misterios hondos y de predilección; aunque los enemigos sean, tal vez, los mejores abogados en el día de la cuenta.

Que las virtudes heroicas y el cielo de por vida valen más que la gloria del Olimpo y los laureles en el Capitolio, sea. Y San Juan de la Cruz, con laurel de poeta y nimbo de santo y gloria de doctor, coronado está. Pero el equilibrio de lenguaje, que se basta a sí mismo y se viste de luz y hermosura no usadas, ganando el tesoro del pensamiento en una estrofa, y convirtiendo el ánfora clásica o el saltario en símbolo apofántico de su propio contenido, eso sólo Fray Luis lo ha logrado en lengua castellana. Encontramos escritores de prosa y verso -auténticos poetas-, pero que no logran en su excelsitud estilística o poética ocultar la pluma o acallar el rasgueo del estilo que escribe y borra.

En «Azorín», por ejemplo, nunca la palabra camina sola -a fuerza de querer estar sola- sobre el papel. Ni en «Azorín» ni en Juan Ramón Jiménez. En Gerardo Diego se percibe el tecleo de la máquina, él, que a mano doraría los versos. No se si alguien más que Antonio Machado ha logrado -después de fray Luis- la purificación. Pero entre Fray Luis y Machado no ha tendido su puente la gracia de lo perfecto.

Y es que para Fray Luis: «Poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino». «No es sino...»; todo lo que por poesía nos tienta el mundo de los versos hay que abandonarlo. No es tampoco eso y algo más. Fray Luis ha repasado y reposado en las cosas y en su meditación; goza de saberes y entiende de teologías, de filosofías y de escrituras santas; siente nostalgia y hastío, dolor y efusiones, hostilidad y fervores. Él mismo estima que sus poesías se le han caído como de entre las manos.

Y, sin embargo, poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino. Comunicación; en su virtud se adquiere lo que el donante ofrece. Y la comunicación será tan honda o tan vacía como lo exija la gracia de lo que se comunica, la perfección del que otorga y la naturaleza del que la recibe. Comunicación del aliento celestial. La poesía, pues, participa, por comunicación, del aliento. Lo más íntimo, lo más cálido, lo más entrañable. El aliento nuestro es con el que vivimos la vida del amor, de las ansias; del silencio ruidoso de la vida. Pensad ¡qué será el aliento celestial y divino!

De mí se deciros que me anonada y sobrecoge pensar en la honda repercusión de este vocablo en Dios: su aliento. Porque mucho es su palabra creadora y reveladora, salvadora y vivificante; pero más, divinamente más hermoso y gozoso, es lo que aliento de Dios pueda significar.

El aliento es el alimento. La palabra divina, lo más excelso en Dios, y lo divino-si cabe hablar así-más nuestro, se pronuncia porque el aliento lo suspira y respira. Nos viene esta voz -el aliento de Dios- como el coloquio íntimo que invade silencioso la divinidad, la pervade de gozo y la ensimisma en una vida de misterio y santuario. Aliento en Dios es su voz, sin angustias de sílabas y fonemas; su luz, sin quiebras de sombras; su vivir, sin desmayo de sueños; su amor, sin cansancio de desgana. El aliento celestial y divino es la vida divina en lo que es y se adivina con estos pobres ojos nuestros.

Adolfo MUÑOZ ALONSO

Tiempo de Amor

Para recordar a los amigos y discípulos
mis veinticinco años de enseñanza de
Historia del Arte.

DERRAMADA mi voz en el otoño
porque es tiempo de Amor en sementera,
sosegado el andar, alzo el recuerdo
de ventanas abiertas a la aurora,
mensajero mayor de ruiseñores.

De octubre a mayo veinticinco rutas
una tras otra repetí animoso,
desnudo el corazón, el pecho alegre,
y al hombro la gavilla de panales
hilados con la miel de mis abejas,
oro en rumor de espigas ambiciosas,
transido de ternuras desveladas
a sorbos de la luz estremecida
que alumbró de entusiasmo mi camino.

Tenaz enamorado de la altura,
proveedor de infinito entre las sombras,
impaciente de eterna dulcedumbre
supe soñar y descubrir tesoros
porque Dios alentaba mis ensueños;
lumbre en la faz del pensamiento ungido
por la mano del hombre reverente,
absorto ante el milagro de la vida,
envidioso del lirio y de la estrella...

Yo levanto este tiempo entre mis manos,
copa de Amor en el abril constante,
alas y espuelas de cristal y bronce,
banderas de mi voz en Salamanca,
porque quiero cantar el triunfo nuevo
de las viejas lecciones florecidas
en el rosal que vuelca sus perfumes
con temblor de mi verso renovado,
uncido a los espejos de mi ruta
y obediente a la estrella milagrosa
del Zodiaco deshecho en mis colmenas.

Suma de Amor en lances repetidos,
vencida del agravio la amargura
para verter el gozo del recuerdo
en la cumbre dorada de mis horas.

Rafael LÁINEZ ALCALÁ

¿A DÓNDE VAS...?



VIVES en el polvo lejano de tu ilusión en llamas. Allí donde miras, ya no hay verde; el verde lo bebieron tus ojos eternos.

¿A dónde vas...? ¿A dónde, si tus pies no pisan la senda del sol intacto, si tus alas no pueden volar? ¿A dónde vas...? No existen ya las mojadas praderas, no existen los montes ni el mar.

Se han roto en sangre de tierra tus pies y tus manos. Te he visto, con la frente fría de días y de amores, seguir sin mis palabras tu alegre caminar.

Dolores María OLMO

Ella

LA espuma de la brisa
trae canciones lejanas,
un murmullo de lirios
que ignorados se mueren
y notas de un laúd.

Mientras que lucho aquí,
junto a mi barca
y espero que los peces den su fruto
la brisa me distrae.

Ella es la paz que inunda
lo inquietante...
Ella es la red.

La brisa juega torpe con mi blusa,
las orlas de mi gorro...

Ella es la brisa.

Jesús DE TORRES CABEZUDO

Saeta sin diana

TUS ojos, y una paz
—honda— desea mi alma;
luz, tus ojos,
luz, la calma
Y nada más. Que el mundo
eternamente gire,
y a la primavera se sucedan
los días de otoño grises.
Yo, seguiré viviendo en el silencio
de tus ojos,
y tus ojos, en mi silencio triste.

Rafael PALMA

INTRODUCCIÓN A UN POSIBLE POEMA

ASÍ, sencillamente,
canto. Para que entiendan
todas las criaturas
mi grito delirante.

Canto con esta voz-
amasijo de cientos
de voces hermanadas.-

Mi dolor es de todos.

Y la entraña ha roído
del hombre, sin fatiga
desde el albor del mundo.

No hay en mí nada nuevo;
aunque mi voz es nueva
y mi sangre amanece
al dolor, clara y limpia.

Conozco la ventura
de las profundas noches
con rocío de estrellas,
y hundir sé la mirada,
roturando las nubes,
en el hondón del cielo.

Sé caminar a tientas
por los sueños, perderme
en su tiniebla dulce.

Estas soñadas brumas
afelpen en sus pliegues
lo agudo de mi grito.

Así, discreto canto,
da tu voz dulcemente,
aunque por dentro sangres.

María Antonia SANZ CUADRADO

TANGENCIALISMO

Si pintar es hacer un trasplante artístico, habrán de existir los viveros de donde se extraigan los elementos a trasplantar. Podemos señalar una dualidad en las fuentes de las cuales todo pintor —antiguo, moderno y ultraista— ha de aislar una unidad o un conjunto de los elementos útiles para su arte: El mundo real, que nos aturde con su continua existencia, y el mundo anímico, abstracto, deformable que nace del más íntimo sentimiento humano y del costumbrismo relacional con nuestros semejantes.

Un pintor, la cámara fotográfica, reproducirá el primero de estos mundos. Jamás a pintor alguno le será posible reproducir el segundo, el sentimiento puro, sin el auxilio del primero. Conjugando ambos, han pintado todos los artistas, desde los más remotos tiempos hasta nuestros días. El hombre es masa y espíritu, cámara fotográfica —órgano visual— y sentimiento.

Ahora bien, la obra pictórica es la manifestación artística de un hombre para ser contemplado por otro semejante. La universalidad de ambos mundos, real y anímico, debe hacer comprensible a todo ser inteligente los elementos utilizados por el pintor, si no todos, una parte de ellos que sea la dominante de la obra, de tal forma, que aun prescindiendo de aquellos que están allí pero que escapan a la sutileza o menor preparación del observador, la obra queda completa y, desde luego, artística.

Esto no se cumple, ni por mucho, pese a la buena fe que derrochamos en escuchar a quien nos lo afirme. En esta barahúnda insólita y desaprensiva de lo que han dado en llamar pintura moderna.

El pintor actual —al pintor de los «ismos» extremistas nos referimos— no sólo es autodidacta, sino que crea su obra para sí mismo y sólo para él. Si, además, tenemos en cuenta que actualmente las escuelas hacen pintores y no los pintores escuelas, como es lógico —y no sólo por ser tradicional— nos encontramos ante el absurdo de que todo ser humano puede ser pintor del «ismo» que elija de antemano, con la particularidad de que los esquizofrénicos serían los más destacados representantes de cualquiera de las escuelas.

Representar lo abstracto con abstracciones, no le es posible al pintor; porque lo abstracto es lo informe, y sólo las concreciones de lo abstracto podrán ser representables. A ningún escultor se le ha ocurrido exponer un trozo de roca recién arrancado de la cantera y darle un título; ha necesitado concretar esa roca en una idea a través de un oficio. Pues bien, el arte actual, en lo concerniente a la pintura, hace peor que ese escultor, pues transforma una idea abstracta pero comprensible como elemento conceptual —la roca, la virtud, el hambre,— en otra idea abstracta pero incomprensible para todos, excepto —y esto no siempre— para el autor. Pues ¿qué ocurriría si quisiéramos darle nombres nuevos (im-

provisados) a conceptos viejos en nuestras cotidianas conversaciones? Sería una Babel.

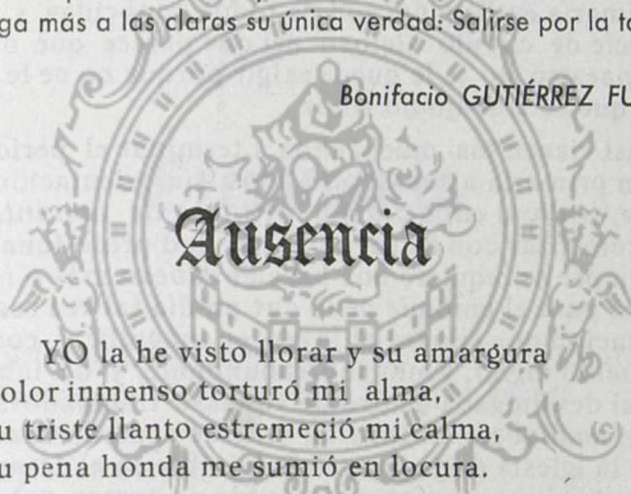
Está llegando la hora de arriar velas en las tremendas e irresponsables naves de los «ismos». Algo útil quedará en el sedimento, eso sí, aunque sólo sea el escarmiento y unas cuantas cuentas corrientes más en entidades bancarias, y esto a expensas de los crédulos de buena fe.

No pretendemos, sin contar con que sería imposible, que la pintura caiga en un estancamiento clásico y se dilate a través de los siglos, no. Pero si tenemos en cuenta que las evoluciones cívicas con sus manifestaciones artísticas son lentas pero firmes y seguras, entenderemos las corrientes históricas modernas como una brusca desviación en la noble y leal senda de la pintura de todos los tiempos. Por eso esperamos con verdadero anhelo que vuelva a encauzarse.

Y porque nos consta que hay verdaderos valores deslumbrados por este imperativo absurdo, lamentamos doblemente se haga esperar este gradual acontecimiento.

Para estos, nuestro deseo de recuperación; para todos los demás —ineptos, mentirosos, que como todos acaban por creerse sus propias mentiras— les pronosticamos un próximo ocaso y les facilitamos un «ismo» más, el Tangencialismo, que diga más a las claras su única verdad: Salirse por la tangente.

Bonifacio GUTIÉRREZ FUENTES



Ausencia

YO la he visto llorar y su amargura
dolor inmenso torturó mi alma,
su triste llanto estremeció mi calma,
su pena honda me sumió en locura.

Yo la he visto reír, y de la altura,
creí que el eco repetía su risa,
yo la he visto reír, y hasta la brisa
temblar alegre ante su imagen pura.

Mas... ¡ay dolor de ausencias infinitas!
cuan largas, cuan eternas me parecen
las horas que faltáronme sus citas.

Su soledad la siento y en mí crecen
las ansias de volver a las benditas
horas que hoy de nuevo reverdecen.

Juan GÓMEZ MILLÁN

Aspectos negativos: FALTA DE UNA PREPARACIÓN INTELECTUAL ELEMENTAL

EN esta noble y ambiciosa tarea que con sumo placer nos hemos impuesto de aportar, aunque sólo sea un átomo de luz, en este campo ensombrecido de *lo social*, apuntábamos en el trabajo del mes anterior la necesidad de una nueva preparación intelectual, técnica y práctica de esta juventud de nuestra generación que en enorme y desconsoladora proporción se encuentra sin porvenir ante la vida.

Ciñéndonos hoy a la preparación intelectual *elemental* que todo hombre necesita para abrirse camino en cualquier actividad humana, hemos de lamentar la carencia casi absoluta de principios de cultura elemental en los jóvenes que habiendo crecido en un ambiente modesto, sólo tuvieron a su alcance las enseñanzas bien deficientes por cierto de la Escuela Primaria. Las causas de esta insuficiencia de la enseñanza primaria en España, son de todos conocidas, y vienen a formar una especie de círculo vicioso del que parece que nunca podremos salir: al maestro no se le puede exigir porque no se le paga, y no se le paga por que su trabajo no rinde.

Y así vienen los muchachos a terminar el período escolar y de formación primaria a sus 12 o 13 años, sin orientación fija, y lo que es más grave, *sin una capacitación mínima de tipo intelectual* que les permita comenzar con fruto una actividad profesional o técnica para la que siempre se requiere una base de *cabeza* más o menos despejada y despierta para el enfoque de lo que un día tal vez sea una verdadera especialización que situará al joven en magníficas condiciones de ganar un sueldo digno, y aún sobreabundante, y de labrarse una posición social desahogada dentro de su clase trabajadora, pero ya ni miserable, ni analfabeta, ni inculta; sino de acuerdo con la dignidad humana que la Iglesia exige para todo hombre en el desarrollo de su vida terrena, y al mismo tiempo susceptible de gustar, saborear y apreciar las bellezas que la vida ofrece en el campo del arte y de la cultura, y que siempre fueron privativas de los pudientes, de los cultos, de los privilegiados.

Es demasiado frecuente el caso de muchos jóvenes, 18, 25 y 30 años, que piden una recomendación para trabajar, para emplearse en "algo"; este "algo" es siempre vago, difuso, indeterminado.—¿Qué sabes hacer?—Hago de todo—"que en lenguaje práctico de la vida hay que traducir: "No sé hacer nada con provecho".

Estos jóvenes, desprovistos en la mayoría de las veces, de la más elemental preparación intelectual, y lógicamente profesional y técnica, son los que si llegan a atrapar un «enchufe» de circunstancias, tendrán que contentarse con un sueldo de hambre, y estar agradecidos, y nunca podrán *decidirse*, como decíamos en el trabajo an-

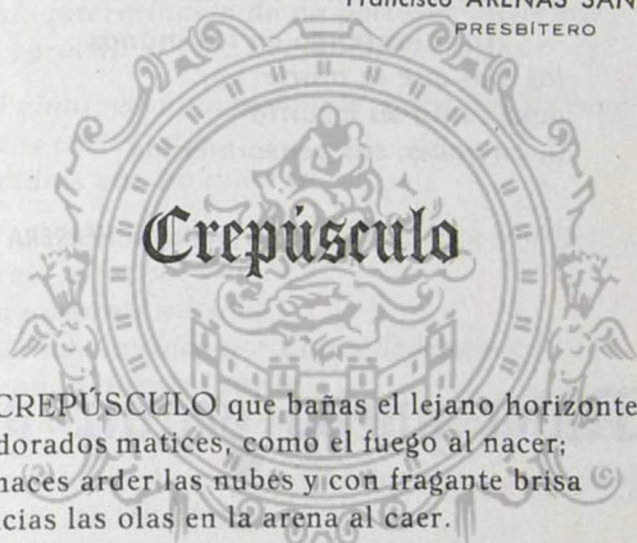
terior, a afrontar la realidad dura de la vida, y mucho menos a pensar en formar un hogar, porque en la mezquindaz de su sueldo y empleo solamente pueden aspirar a un mal pasar, sin otros ideales que el de ir solucionando la necesidad acuciante del momento.

Se impone, pues, una nueva fórmula de educación intelectual: una nueva base de formación primaria y elemental sobre la cual se apoye el muchacho y pueda escalar las alturas de la capacitación técnica, profesional, y aún las de la especialización.

Necesitamos escuelas al alcance de los más humildes, que prestigien la formación de nuestros jóvenes. Estimamos que después del templo donde se rinde culto a Dios, debe ser la escuela el verdadero templo de esa cultura que ponga a nuestra juventud en condiciones de conquistar la vida.

En trabajos sucesivos, y después de comentar los aspectos negativos de la cuestión, esbozaremos un proyecto de formación integral que sirva de orientación y norma a nuestros muchachos.

Francisco ARENAS SÁNCHEZ
PRESBITERO



CREPÚSCULO que bañas el lejano horizonte
con dorados matices, como el fuego al nacer;
que haces arder las nubes y con fragante brisa
acaricias las olas en la arena al caer.

Tú das paz a las almas y el descanso a la tierra,
tú con la noche dejas un dulce bienestar.
Sonidos de campanas que con la tarde mueren...
pájaros que a sus nidos vuelan a descansar.

Violáceas siluetas las montañas se pierden
envueltas en el oro de un rojo resplandor...
Un arbolillo mece sus hojas, que dormidas
oyen los dulces trinos que entona un ruiseñor.

Enriqueta Isabel BARRERA

Entre las manos...

TENGO tierra entre mis dedos;
todo mi mundo en las manos:
tierra de mi cementerio,
amasada con suspiros
y mezcla de amores muertos.

Allí he llevado las flores
más bonitas de mi huerto.
¡Te acuerdas, alma, te acuerdas!
Aquí acabaron sus besos,
aquí están aquellos ojos
que tanto me miré en ellos.

Aquí los tengo en las manos
los ojos que se murieron;
aquí están su lozanía
y, en polvo, sus pensamientos.

Antonio HERRERA MURILLO

Nada puedo seguir ya

NADA puedo seguir ya.

Recuerdo aquellas leguas francas en que cabalgando el
tiempo quería huir del tiempo;

recuerdo los huesos amarillillos de otoños que tantas
buenaventuras me prodigaban.

Recuerdo mi bulla y mis promesas sin cumplir;
recuerdo la estancia, museo de caras familiares, donde
esperaba simplemente desvelado.

Nada puedo seguir ahora, tímidamente sellado, desprovisto
de alegría y besos.

Francisco IZQUIERDO

Poema

*HAY que seguir así.—Con la mirada al frente,
lanzándose violento a la verdad que asedia,
pisando los estribos de verdades negadas
y encerrado en la sombra
de la palabra fácil, que hiere y se dilata.*

*Hay que seguir así.—Lacerando el camino
con la propia pisada, creciéndose en la tierra
como un árbol con vida,
derramando en los ojos
el llanto interminable de un porvenir incierto,
de un porvenir sin luz acallando las cosas.*

*El alma, vertiginosamente, persigue las rencillas
movidas por el odio
de envidias que no mueren.*

*Y sin embargo sigue su camino en la vida
para reir la lucha
contra nosotros mismos,
para vernos heridos por duros desengaños
que arañan nuestra carne
y nos dejan el cuerpo endurecido siempre.*

*Hay que seguir así.—Con las manos abiertas
buscando los triunfos,
con la sangre gritando
contra el Destino mismo,
con el grito encallado
en los surcos abiertos de la vida difícil,
con la madura espera del lejano mañana
que se perdió en el sueño...*

*Hay que seguir así, como la vida sigue
su ruta interminable a través de los años,
endureciendo siempre la tristeza del hombre.*

Manuel ARJONILLA

HEMOS RECIBIDO...

LA PRIMAVERA VEINTICINCO.-Francisco Navarro.-Alicante, 1954.

Como separata de la revista «Verbo» nos llega este bello poema de Jesús Navarro cuando él quizás esté gozándolo, con sus sandalias azules ya gastadas del camino. Está dividido en tres partes: *Preludio-Adagio-Fuga*, y en él se capta fácilmente ese esperar a primavera en la naturaleza y ese irse del poeta hacia la suya verdadera y que tal vez prevee. Es lo que nosotros llamaríamos su retorno esperado, y que le llegó en una mañana de febrero de 1953 con sólo veintisiete otoños vistos.

En *Preludio*, la naturaleza espera callada su vuelta de vida. Es un lenguaje de toro bravo, cegado, que se siente en la pradera luminosa próximo a llegar.

Todo espera...

la lluvia aguarda
el grito de los óvulos del campo,
las rutas de luz a los enjambres,
las hembras, los derribos,
la matriz, lo que ha latido
del dolor de todo el año.

Todo está en antesala para su paz,
para lo que él cree que será.

Descansa aquí. Mis palmas harán de novilunio
pentagramas y labios.
Fresa en el poniente de milhojas

Descansa aquí.

Parece que es él mismo que se llama
a sí; que voca su retorno; que se va notando
llegar; que se ve crecer entre sus
venas de ríos que lo suben. Pero amargamente,
todo lo presencia partiendo:

Se fueron los tambores en busca de otros valles.

Pero su inquietud no lo pierde. Espera.
Se le marchó su primavera, su primavera
veinticinco, su primavera de brazos
abiertos que se le escapa. Pero anda con
su sandalia azul. Hay en él una indecisión.

¿por donde iremos? El camino
es tan redondo como el cielo.

¿Es que Jesús Navarro, cerca ya de
su encontrada meta, desmaya en el empeño?
Pero no; ahora encuentra su gran
retorno; su solución al problema del hombre
con el tiempo.

Ya no aprieta el silencio de la piedra,
ni rumores de savia nos torturan.

Y con este ritmo y el rumor de abejas
en el enjambre, y entre ellas, parte hacia
su vuelta. Que haya encontrado nuestro
amigo allí su eterna primavera, ya sin
tiempos ni rapidez de idas.

EL VENDIMIADOR.-José Manuel Cardona.-Tarra-
gona, 1953.

Este libro se nos anuncia como prelu-
dio de otro definitivo de los mismos
autor y título. Vamos a hacerle al poeta
una crítica sincera, llamémosla así me-
jor que dura, porque pensamos que qui-
zás pueda servirle de algo antes de lan-
zar su próxima obra.

Quedan bien claras, a nuestro juicio,
las dos vertientes en la poesía de Cardo-
na: dos vertientes iguales, sólo que una
sube y otra baja.

De un modo general, en casi todos
los poemas, hemos hecho el prometedor
hallazgo de las emociones del poeta
verdadero: entusiasmo ante la Naturale-
za, que surge y se esconde una y otra
vez, a través de todo el libro; amor a
todos los hombres, en una fraternidad
absoluta, que los poetas están llamados
a fortalecer para que sea algo más que
un ideal... Quizá por este sentimiento,
sea el mejor el último de los poemas, con
un sentido verdaderamente franciscano.
Por ello, Cardona ha sabido escoger el
título para su libro: como a la vid, le
gusta andar junto a la tierra, de breves
y rotundos trancos sus cauces sensibles.

Lo expuesto hasta ahora, pertenece
a lo que hemos llamado buena vertiente
del poeta. La parte negativa está en el
abuso de los conceptos llamados "mo-
dernos", de frases llenas de palabras in-
cubadas en Norteamérica; —¿por qué
este *americanismo verbal*?—. Cardona,
como tanto poeta de hoy, se equivoca al
pretender encajar la sensible emoción de
su espíritu en la barahúnda febril de las
expresiones ciudadanas. Ni la poesía es
tampoco filosofar sobre las indudables
conveniencias de una Sociología revisa-
da, ni exponer en un poema (que lo mis-
mo podía ser prosa, por su desentendi-
miento de un ritmo necesario) greguerías
o conceptismos olvidados.

Ojalá no olvide Cardona la enorme
fuerza de creación poética que en su
parte buena hemos visto y sepa ofrecer-
nos en su definitivo libro poemas tan
conseguidos como "La buena nueva",
"Poema de la Ronda de San Antonio", o
el que tan brillantemente cierra su, en
conjunto, estimable libro.

FRANCISCO DE RIOJA

No, por hecha, es falsa la frase: «Volvamos a las fuentes clásicas»,
Volvamos a los que saben reflejarnos la primera armonía helénica;
volvamos a cojer, desde la plataforma de nuestros días, el ritmo admirable que pone al poeta por encima del tiempo.

Desde la sonrisa sevillana, Rioja canta, compasivo ante el breve camino de la rosa.

Poeta de Dios, nos habla sin cesar de sus flores, en un delirio íntimo, hecho de amor y de luz ante sus temblorosas corolas.

A la rosa

Pura, encendida rosa,
émula de la llama
que sale con el día,
¿cómo naces tan llena de alegría
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?

Y no valdrán las puntas de tu rama
ni tu púrpura hermosa
a detener un punto
la ejecución del hado presurosa.

El mismo cerco alado,
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado,
presto despojo de la llama ardiente.

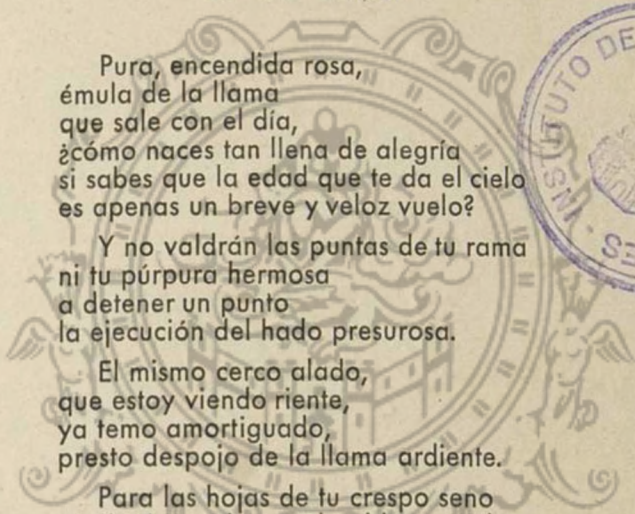
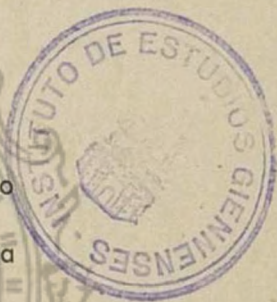
Para las hojas de tu crespo seno
te dió Amor de sus alas blancas plumas
y oro de su cabello dió a tu frente.
¡Oh, fiel imagen suya peregrina!

Bañóte en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas,
y esto, púrpura flor, y esto, ¿no pudo
hacer menos violento el rayo agudo?

Róbate en una hora,
róbate licencioso su ardimiento
el color y el aliento;
tiendes aún las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.

Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia tu nacimiento o muerte llora.

Francisco DE RIOJA
(1583 - 1659)





Tip. PALOMINO & JAÉN

ADSCRITA AL INSTITUTO
DE ESTUDIOS GIENNENSES